El detective Agonías y su ayudante Niqué

Arturo Pérez Belló

La Suma de Todos
Comunidad de Madrid

El detective Agonías y su ayudante Niqué

La Suma de Todos

CONSEJERÍA DE CULTURA Y DEPORTES
Comunidad de Madrid

Biblioteca virtual
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN, JUVENTUD Y DEPORTE
Comunidad de Madrid

Esta versión digital forma parte de la Biblioteca Virtual de la Consejería de Educación, Juventud y Deporte de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión se encuentran amparadas por el marco legal de la misma

www.madrid.org/edupubl
edupubli@madrid.org

DIRECCIÓN GENERAL DE DEPORTES
CONSEJERÍA DE CULTURA Y DEPORTES
COMUNIDAD DE MADRID

© Dirección General de Deportes
Edición mayo 2007

Autor:	Arturo Pérez Belló
Ilustraciones:	Diego Gómez García-Carpintero
Diseño y maquetación:	Text Design, S.L. *Natalia Casado Sánchez*
Supervisión de la edición:	Pilar Sánchez Arjona
Tirada:	1.000 ejemplares
I.S.B.N.:	978-84-451-2991-3
Depósito legal:	
Imprime:	B.O.C.M.

Dedicado a mis hijos Daniel y Germán para que no olviden que en tiempos de necios puede resultar muy peligroso tener razón.

Prólogo

Conjugar el entretenimiento de la lectura con la diversión que proporciona el juego y el deporte, parece una tarea complaciente y gratificante. Pero si además al leerlo, niños y mayores, descubren que a esta combinación se le puede añadir dosis de misterio y el origen de varios deportes, la lectura puede convertirse en algo muy provechoso. Para algunos el músculo y el cerebro parecen antagónicos, casi enemigos irreconciliables, pero en este relato el autor demuestra que el deporte forma parte de nuestra cultura y de nuestra historia, que además de convertirse en uno de los pasatiempos preferidos, tanto en la práctica como en la observación, es un fenómeno social de primera magnitud que tiene su leyenda en lo más profundo de la memoria de la humanidad.

Nada más comenzar a leerlo seduce por los entresijos que se van desarrollando en torno a dos detectives madrileños y once ca-

sos deportivos, creando elementos de complicidad entre el lector y el autor, que aporta la esencia de lo lúdico para emocionar y fascinar a los más devotos del deporte. La trama es ágil y entretenida a la vez que instructiva, nos describe distintos lugares de nuestra Comunidad, creando una atmósfera enigmática, que recuerda las mejores novelas de misterio y acción, que se va resolviendo en un desenlace inesperado.

Desde la Comunidad de Madrid, esperamos que, además de entretenimiento, emoción y complicidad, este interesante y sorprendente relato, envuelva con su espíritu deportivo, no sólo a un público joven, sino a todos sus lectores, desde niños a adultos.

Antonio Garde Fernández-Fontecha
Director General de Deportes

capítulo 1

Me llamo Minerva Niqué y soy la sobrina del famoso detective Segismundo Agonías que, por si no lo sabíais, fue el investigador que resolvió el misterio de la portería de fútbol. Seguro que lo recordáis si os digo que se iba a jugar un importantísimo partido entre dos grandes equipos y que antes de empezar, una de las porterías se rompió y al ir a buscar la de repuesto desapareció sin dejar rastro. Mi tío, bueno, y yo, resolvimos el caso sin que el árbitro tuviese que anular el partido y mandar a su casa a miles de personas que habían ido a verlo.

Estudio en la universidad el quinto curso de Farmacia, estoy a punto de terminar y por las tardes ayudo a mi tío en algunos de sus casos, aunque hace algún tiempo que no entra ninguno importante para investigar.

En la puerta de acceso está colocada una placa de metal dorado, donde además de su nombre escrito en letra antigua, figura el siguiente lema:

Mi tío es una buena persona, es alto y está algo gordito, tiene una sonrisa de hombre tranquilo, le gusta ir bien vestido y tiene un bigotito que no deja de tocarse cuando resuelve alguno de sus casos. Dice que le ayuda a pensar. Yo soy más bien flacucha, tengo gafas, me paso todo el día estudiando y no le presto demasiada importancia a lo de ir bien vestida o arreglada.

Entre los dos llevamos la agencia que está asentada en uno de los callejones que atraviesa la calle Barquillo de Madrid. Está situada en un edificio antiguo sin ascensor y nada menos que en el 4º piso. A veces pienso que tenemos tan pocos clientes por la dichosa escalera de madera, que se hace interminable. Mi tío no

ha resuelto grandes casos, si exceptuamos el de la portería, pero es un detective de primera cuando tiene que investigar pequeños casos como quién tira la basura desde la ventana o quién se hace el enfermo para no ir a trabajar.

Pero a finales del mes de noviembre todo cambió para nosotros. Yo me preparaba un examen de Virología Clínica y mi tío comía tranquilamente un donuts de los suyos. Si supiera de lo que están hechos no le parecerían tan buenos. Los elementos químicos de los apuntes me empezaban a dar vueltas, por eso agradecí que golpeasen la puerta con cierta violencia. Al principio me asusté, mi tío me dijo que mirase por la mirilla para ver si era gente pidiendo. Pregunté quién era.

– ¿Es la agencia del detective Segismundo Agonías? –dijo una voz que parecía cansada (los 84 escalones son muy duros si no estás acostumbrado).

– Sí, aquí es –dije, mientras abría la puerta expectante.

Al abrir vi a un señor muy serio, con cara de pocos amigos y de mirada desconfiada. Mi tío se restregaba los dedos en una servilleta, supongo que quitándose el azúcar de su donuts, al tiempo que salía de su despacho.

– Necesito que me garantice la máxima de las confidencialidades –dijo el visitante.

– Claro, ya sabe que mi lema es... –dijo mi tío sin acabar la frase.

– Ya sé cuál es su lema, lo he leído. Pero esta es una misión oficial y tiene que asegurarme que no habrá filtraciones de ningún tipo –dijo el señor ofuscado.

– De acuerdo, no se preocupe... ¿Con quién tengo el placer de...? –otra vez mi tío no pudo acabar la frase. ¡El señor ese era un mal educado!

– Eso no importa, pertenezco a un organismo oficial y quiero que investigue once casos de vital importancia para nuestro país.

– Prosiga –dijo mi tío.

– Como bien sabe, el año que viene se celebrarán en nuestro país las Olimpíadas y nuestros mejores deportistas, aquellos que pueden conseguir medalla, están obligados a entregarse lo máximo posible sin hacer trampas y sin bajar su interés. Pero algo está pasando porque su rendimiento, a ocho meses de las pruebas, está muy por debajo de sus posibilidades. Usted averiguará por qué está pasando esto, informándonos en todo momento de sus actividades y posibles mejorías. Además, hemos recibido amenazas por medio de anónimos en las cuales nos dice que uno de los deportistas morirá mientras entrena. Natu-

ralmente no se lo hemos dicho a ninguno de ellos. Usted tratará de resolver este misterio.

– Creo que... –dijo mi tío.

– Aquí tiene un adelanto de sus honorarios, los once expedientes de los deportistas y una dirección de correo electrónico donde nos remitirá sus informes. ¿De acuerdo? –dijo mientras se levantaba.

– Así es, recibirá noticias mías. ¿Con quién puedo contactar en caso de...?

– Llame a este teléfono y sólo en caso de máxima urgencia. Adiós buenas tardes –dijo casi de espaldas a mi tío.

Éste trató de acompañarlo pero cuando quiso incorporarse ya había cerrado la puerta con un golpe brusco. Yo no pude resistir la tentación y fui a ver los once casos que teníamos que investigar.

capítulo II

Mientras mi tío se entretenía contando el dinero que el misterioso señor nos dejó apresuradamente, yo fui abriendo uno por uno los sobres que contenían los asuntos que teníamos que investigar. Ante mí se desplegaron un sin fin de datos y fotos de deportistas, algunos de ellos me sonaban de la tele. Describía donde entrenaban, sus marcas, recortes de periódicos, etc.

Me fijé en uno de ellos, que seleccioné porque era el que más me sonaba. Era un lanzador de peso, que según rezaba el informe, estaba triste y no se sabía por qué. Había sido uno de los mejores del mundo y desde hacía dos años no mejoraba en ninguna de sus pruebas. Otro era el del nadador que al lanzarse al agua no se acordaba de la prueba ni del estilo que tenía hacer, también estaba el caso de la gimnasta de rítmica que en su día fue considerada mágica y ahora apenas consigue lanzar

un aro al aire y recogerlo. El equipo de halterofilia que tenía las manos resbaladizas, la *judoka* que no paraba de reír al enfrentarse a sus rivales, el corredor de maratón que se perdía en los entrenamientos y en las carreras, las componentes del equipo femenino de hockey sobre hierba que no conseguían pegar a la bola, el ciclista que pedaleaba al revés, el futbolista que tenía miedo a golpear el balón, la tenista que sufría calambres en sus piernas y el piragüista que tenía aprensión al agua. Todos ellos con fechas y síntomas detallados de sus posibles dolencias.

– ¿Qué pone? –me dijo mi tío al terminar de contar los honorarios.

– Información de todos los casos, tenemos mucho trabajo por delante –le dije sin despegar los ojos de los expedientes.

– Habrá que ponerse rápidamente, nos han dado un suculento adelanto.

Esta avalancha de trabajo me vino en una mala época, ya que tenía por delante muchos de los exámenes del último curso de carrera y no me quedaba más remedio que ayudar a mi tío. Y no porque él me ayudara cuando mis padres murieron y me adoptara como su hija, sino porque resolver estos casos me parecía fascinante, una puerta abierta a mi curiosidad. Desde ese momento me puse en marcha, tratando de planificar por dónde empezaríamos.

– Tío, tenemos que comprar una cámara de fotos digital y un ordenador portátil.

– Y si quieres un coche para ti, con el adelanto tenemos de sobra.

– No lo necesito, por ahora.

Mi vieja scooter, una lambretta con muchos años, me llevaba a todos los sitios por los atascos de Madrid y me permitía vigilar a nuestros clientes.

Mi tío me enseñó incontables trucos de la profesión de detective: vigilar a través de los escaparates, preguntar sin parecer que preguntas y muchos de los disimulos que te hacen llevar a buen puerto cualquier investigación.

– Me asombra esta premura, creo que hay algo que no nos ha contado, me parece muy raro todo esto. Desde lo de la portería todo el mundo te identifica como el detective del deporte, pero aquello no fue nada en comparación con lo que tenemos ahora.

– Fue una suerte que nos regalasen las entradas para el partido aquel y que al entrar preguntases por qué unos obreros habían utilizado una portería como una gigantesca tienda de campaña.

– Sí, pero tu fuiste el que intuiste que esa era la portería que andaban buscando –le dije para que se pusiera contento y no creyera que todo el mérito fue solo mío.

– Ah, claro, la sagacidad que dan los años de experiencia –dijo atusándose el bigote.

Dejé apartados los estudios y empecé a revisar uno a uno y con mucho detenimiento los expedientes. Confieso que nunca me sentí atraída por el deporte y que antes de nada tenía que averiguar en qué consistían los deportes que practicaban los protagonistas de nuestros casos. Menos el del piragüista todos estaban en Madrid, por lo que no nos resultaría tan difícil seguirles los pasos a los deportistas olímpicos.

Yo, Minerva Nique

capítulo III

Nuestro primer caso fue el del lanzador de peso que se ponía triste. Por la foto del expediente parecía un tipo enorme, de gran tamaño y peso, que llegó a ser campeón del mundo hace tres años, pero que desde entonces no conseguía acabar un entrenamiento porque, según el informe médico, tenía ataques de melancolía, con muchas ganas de llorar cada vez que lanzaba la bola.

Como no tenía mucha idea en lo que consistía esta prueba me fui a Internet y allí averigüé que el objetivo en el lanzamiento de peso es propulsar una sólida bola de metal a través del aire a la máxima distancia. Y otras muchas cosas que añadí al informe: el peso de la bola en hombres es de 7,260 kg y en mujeres 4 kg. La acción en el lanzamiento está circunscrita a un círculo de 2,13 m de diámetro. Este círculo está dividido en dos mitades, una

orientada hacia el foso donde debe caer la bola y la otra hacia el lado opuesto. En la primera fase de la prueba, el atleta sujeta el peso con los dedos de la mano de lanzar contra su hombro, poniendo la bola debajo de la barbilla. El competidor entonces se desplaza dentro del círculo en una postura semiagachada, adquiriendo velocidad. Al alcanzar el lado opuesto del círculo, estira el brazo de lanzar repentinamente y empuja el peso hacia el aire en la dirección adecuada. El peso se empuja, no se lanza. El empuje se hace desde el hombro con un solo brazo y no se puede llevar el peso detrás del hombro.

Cada competidor tiene derecho a tres lanzamientos y los ocho mejores pasan a la siguiente ronda de otros tres lanzamientos por competidor. Las medidas se efectúan desde el borde interno de la circunferencia del área de lanzamiento hasta el punto de impacto. Los competidores se clasifican de acuerdo a su mejor lanzamiento. Si el lanzador sale del círculo por la mitad frontal, el lanzamiento es considerado nulo.

Por suerte para mí, este superdeportista entrenaba en las pistas del INEF que estaba muy cerca de mi facultad. Me tomé un descanso en mis clases y me fui hasta allí. Dejé aparcada la moto en la calle Martín Fierro y me colé en la residencia para deportistas Joaquín Blume. Me puse un chándal para pasar inadvertida entre los estudiantes y logré entrar en la pista de atletismo. Eran las 11:20 horas (entrenaba entre las 10 y las 13 horas todas las mañanas) y allí lo vi sentado en el

suelo haciendo ejercicios de estiramiento. Me acerqué todo lo posible, hasta lograr escuchar lo que sus entrenadores le iban diciendo:

– Vamos Manolo, termina que tenemos que hacer unas series –le dijo uno de sus entrenadores.

– Hoy no puedo, no me encuentro bien. Déjame que termine con estos ejercicios y hago unas carreras suaves.

– Tienes que hacer lanzamientos –le dijo un entrenador que llevaba una carpeta y parecía tomar nota de todo lo que hacía Manolo.

Saqué mi nueva cámara digital. Por su tamaño parecía un teléfono móvil por lo que no me fue difícil sacar unas fotos del deportista terminando de hacer sus ejercicios. Y antes de terminar la sesión de fotos y sin que pudiera darme cuenta vi a Manolo coger su toalla y caminar al vestuario muy deprisa y ofuscado.

– Manolo no puedes seguir así –le dijo uno de sus entrenadores– ¡Vamos vuelve!

Pero Manolo no volvió y se fue a toda prisa dejando a sus entrenadores en mitad de la pista moviendo la cabeza hacia los lados. Me acerqué un poco más para oír que decían.

– Esto es imposible, si sigue así tendrá que retirarse.

– Está con la moral por los suelos.

De repente, sus miradas se dirigieron hacia mí. Creo que estaba demasiado cerca, y uno de ellos me preguntó qué hacía allí. Le dije que era de 4º y que estaba a punto de irme.

– ¿No serás periodista o algo así?

– Noooooooo, ¿por qué lo preguntas? –les dije ingenua.

Me fui rápido hacia mi lambretta, pensando en el error tan grande que había cometido al acercarme tanto. Era un traspié de principiante, seguramente mi tío no lo habría cometido. Llegué de milagro a la cuarta hora de mis clases, pero es como si no hubiese ido. No me enteré de nada, sólo pensaba en el pobre Manolo. Ni siquiera pudo lanzar la bola una sola vez. Tenía que encontrar un nexo de unión entre todos los casos. Cuando la profesora se daba la vuelta para apuntar en la pizarra pude ver las fotos, en todas ellas Manolo parecía ido, como si estuviese perdido. ¿Estaría drogado?

Mi tío, el detective Agonías

capítulo IV

Al día siguiente me fui a la piscina del Mundial 86, mi tío me había apuntado a un curso intensivo de natación a la hora que entrenaba nuestro siguiente deportista. Conseguí una carcasa para hacer fotos submarinas con mi cámara, además me compré un bañador, unas gafas y toda la parafernalia. Me vendría muy bien nadar un poco. Últimamente me dolía mucho la espalda de tanto estudiar.

Me puse el bañador y me acerqué, esta vez con más precaución, hacia la zona de entrenamiento del equipo nacional. Antes me informé detalladamente de este singular deporte, que como sabéis es una actividad de autosuperación diaria y que tiene una bonita historia. La natación se conoce desde la época prehistórica, como lo demuestran dibujos de la Edad de Piedra en la Caverna del Nadador cerca de Wadi Sora (o Sura) en

la parte suroeste de Egipto. Las referencias escritas datan desde el año 2000 a. C., incluido Gilgamesh, *La Ilíada*, *La Odisea* y *La Biblia*. Se hizo popular en el siglo XIX, es un evento importante de los Juegos Olímpicos y el que se encarga de administrar la natación competitiva es la Federación Internacional de Natación. Para saber los estilos, y en cuál se equivocaba Daniel, nuestro despistado deportista, tuve que averiguar cuantos estilos tiene.

Libre se refiere a cualquier estilo, y en el nado competitivo no restringe las acciones que tome el nadador, excepto durante la porción libre del nado combinado. En la práctica, casi todos los eventos libres se efectúan con el estilo Crawl. Este estilo se caracteriza por ser el más rápido de todos los estilos que se utilizan en la natación competitiva, la posición correcta del crawl se consigue con el cuerpo estirado y la cabeza mirando al frente por debajo del agua. Los eventos se hacen en distancias de 50 m, 100 m, 200 m, 400 m, 800 m y 1.500 m.

En el estilo Mariposa se requiere que las acciones del nadador tengan simetría bilateral (el lado izquierdo del cuerpo debe hacer lo mismo que el derecho) y además que las piernas se coordinen en un batido de arriba-abajo con los brazos comenzando el movimiento de las piernas con una ondulación que se desplazará desde la cadera hasta los pies. Este estilo es el que exige más fuerza y el que consume más energía de todos. Los eventos se hacen en distancias de 50 m, 100 m, y 200 m.

En Braza tiene la restricción adicional que las manos del nadador deben ser empujadas hacia el frente juntas desde el pecho y que los codos deben permanecer debajo del agua. Es el estilo más lento en el nado competitivo. Los eventos se realizan a distancias de 50 m, 100 m, y 200 m. Este es el estilo en el que las piernas proporcionan la mayor fuerza en el avance.

En Espalda no tiene restricciones de simetría, pero los nadadores deben permanecer de espalda durante todo el evento, menos durante la vuelta que se hace en la pared. Este estilo se hace, en esencia, como una inversión del crawl, el competidor mueve sus brazos hacia atrás sobre sus hombros alternamente y empuja dentro del agua para producir el avance, unido a una patada parecida a la de crawl. Los eventos se realizan a distancias de 50 m, 100 m, y 200 m.

Como veis, de detective se aprenden muchas cosas, ahora me tenía que acordar de cómo se nadaba si no quería formar un escándalo. Cuando llevaba unos largos me sentí muy cansada, el movimiento del agua y las voces de los monitores me parecían muy estresantes. En el albornoz tenía la cámara de fotos preparada para hacer fotos acuáticas. Antes me senté en unos bancos rojos cerca del equipo nacional de natación. Un entrenador les explicaba, mediante una gran pizarra, el entrenamiento de hoy. Era muy serio y le gustaba recalcar las cosas varias veces. Cuando ya se disponían todos a meterse en el agua, se dirigió

a uno del grupo, me pareció que era Daniel, nuestro deportista olímpico.

– Sigue el ritmo y estilo del que tienes delante, no pienses en nada. ¿De acuerdo? –dijo mirándole fijamente a los ojos, mientras el nadador cabizbajo asentía.

Aproveché para sacar unas fotos, sin que nadie se diese cuenta. Cuando se metieron todos en el agua traté de observar (aunque no mucho porque estaba sin mis gafas de ver) en el gorro blanco de Daniel que llevaba una banderita española de pequeño tamaño y una algo más grande de la Comunidad de Madrid. Me introduje en el agua de nuevo, esta vez con la cámara, y me dispuse a sacar fotos de Daniel nadando. No me fue nada fácil porque éstos corrían (es decir nadaban) muy, pero que muy deprisa. Al llegar a la pared daban giros muy rápidos y unas tremendas patadas al terminar el volteo. La cámara apenas podía sacar fotos que sirviesen para algo, por lo que decidí salir a la superficie para no ser descubierta. Me coloqué detrás del entrenador de Daniel, le di la espalda para que no sospechara y desde allí pude escuchar:

– Lo de Daniel no tiene solución –le decía a uno que parecía ser su ayudante– va con las piernas a braza y los brazos a crawl. ¡Está de la cabeza!

– ¿Le digo algo? –dijo su ayudante.

– No, que se mosquea y se va. Luego hablamos con él. Habrá que darle un ultimátum, así no podemos seguir.

Al volver a mi habitación de la residencia de estudiantes sentí un agotamiento que por momentos se hizo inaguantable. Apenas nadé unos diez largos y estaba para que me echaran a los leones. Cené con el grupo habitual de compañeras y me fui rápidamente a mi habitación, desde donde llamé a mi tío.

– El caso de Daniel es parecido al de Manolo, el lanzador de peso, aunque es posible que tengan un nexo común, tendremos que seguir investigando –le dije algo preocupada.

– Si existe ese vínculo lo encontraremos. Yo mañana parto hacia Galicia a intentar averiguar algo del piragüista, ese que le da miedo el agua.

– Me documenté sobre el piragüismo ¿quieres que te pase la información?

– De acuerdo, pero envíamela por fax que ya sabes que yo los ordenadores no los puedo ni ver.

– De acuerdo tío, que descanses. Mañana hablamos.

– Hasta mañana sobrina, y tranquila que entre los dos averiguaremos este misterio.

capítulo 7

A la mañana siguiente tenía un examen de Vírica, me levanté temprano y di un último repaso a los apuntes. El frío en noviembre empezaba a ser muy intenso por la Ciudad Universitaria, aparqué mi lambretta enfrente de la Facultad de Medicina y fui a la cafetería de Estomatología que era la que abría más temprano. Allí me senté en una de esas mesas que caben ocho personas y saqué mis hojas con los esquemas. Intenté concentrarme, pero mis compañeros de tablero tenían una conversación demasiado interesante. Hablaban de hipnosis clínica para aquellos pacientes a los que no se les puede anestesiar en determinado tipo de operaciones. Al parecer y según decían, se consigue disminuir la hemorragia y aumentar la recuperación, mediante un estado alterado de la conciencia. Pensé que alguien podía hacerme una hipnosis para poder estudiar sin tanto esfuerzo.

Cuando acabé el examen, tenía dos clases más, pero después de dos horas de contar todos los bichitos que me sabía, decidí leer el informe de la gimnasta mágica. Inspeccioné la información que me había bajado de Internet y descubrí que la gimnasia rítmica es uno de los deportes más creativos, que deja lugar a la imaginación, como casi todas las disciplinas que tienen que ver con la música y la expresividad corporal, así como las modalidades de la danza.

En ella se busca lograr exhibiciones originales, encadenar ejercicios difíciles, además de lograr un ejercicio equilibrado y bello que potencia la expresividad y que sus exhibiciones impresionen por la técnica depurada y su gran belleza, considerándose la máxima expresión armónica corporal el ritmo bajo, la inspiración deportiva y la belleza del cuerpo en movimiento. Yo había practicado ballet de pequeña pero tuve que dejarlo al morir mis padres en un accidente de tráfico.

En gimnasia rítmica son cinco los aparatos utilizados: pelota, cinta, cuerda, aro y mazas. La pelota tiene la peculiaridad de ser el más poético de todos, las rutinas son elegantes. La cinta es un aparato vistoso y divertido, con música muy alegre. La cuerda es el aparato más difícil y el más elegido por las gimnastas. El aro es muy impresionante y además muy complicado. En cuanto a las mazas, se puede decir que es el aparato más dinámico y alegre. Es un deporte olímpico en el que sólo pueden participar mujeres. Me dirigí al Centro de Alto

Rendimiento (CAR) que estaba muy cerca de la pista donde entrenaba Manolo, al lado del Consejo Superior de Deportes. Pregunté dónde entrenaba la selección española de rítmica y me indicaron que en un pabellón cubierto. Cerrado al público, me recalcaron. Esta vez no vine con el chándal por lo que tendría que cambiar mi estrategia. Me fijé en una de las señoras de la limpieza, llevaba una chapa identificativa con el logotipo de su empresa: Limpiezas Camacho.

– Buenos días señor, soy la supervisora de Limpiezas Camacho y vengo a efectuar un control de calidad –le dije al conserje que estaba en la puerta del pabellón cubierto.

– La señora de la limpieza se acaba de ir –me dijo.

– No importa, vengo de incógnito para comprobar que hace bien su trabajo. Tengo que comprobar los vestuarios, las gradas, etc. Sin que ella se de cuenta.

– ¡Ah, comprendo! –me dijo con mirada cómplice el conserje.

Me saqué un pañuelo de mi mochila y empecé a pasarlo por la barandilla que daba paso a la grada. Sabía que el conserje me estaba mirando e hice como si anotara el resultado de mi inspección. Lo cierto es que estaba todo muy limpio y si hubiese tenido que dar una nota hubiese sido un diez.

Me acerqué hasta donde estaba un grupo de pequeñas y delgadas deportistas en medio del practicable (es como se denomina el suelo donde se realizan los ejercicios). Saqué disimuladamente mi cámara de fotos e intenté adivinar quién de ellas sería Elena, nuestra deportista olímpica que fue considerada mágica en su momento por su destreza y creatividad. La verdad es que se parecían todas mucho. La entrenadora me miró con cierto recelo, por lo que me introduje en uno de los vestuarios y desde allí pude observar los entrenamientos. Localicé a Elena porque era la única que su rostro estaba triste, casi abatido. Al igual que Manolo y Daniel tenía la mirada perdida, estaba como ausente. Saqué unas cuantas fotos y desde allí pude oír el acento centroeuropeo de la entrenadora:

– Vamos Elena. Tienes que recuperarte. Lanza el aro sin miedo.

Con esto tenía suficiente por ahora, decidí marcharme antes de levantar sospechas. Al salir el conserje me preguntó cómo había encontrado todo.

– Parece bastante limpio todo. Recuerde que es una visita de incógnito –le dije buscando su complicidad.

– De acuerdo no se preocupe –me dijo en un tono susurrante.

Era hora de llamar a mi tío para saber si había localizado al piragüista gallego.

capítulo 7

– Aquí en Galicia está lloviendo. ¿Qué tal por Madrid? –me dijo mi tío.

– Mucho frío.

– ¿Pudiste ir a ver a la gimnasta?

– Sí, y esta tarde iré a ver al equipo de halterofilia. ¿Recibiste mis informes?

– No, llegaron en mal estado. Cuéntamelos por encima.

– Tienes que ir a ver las pruebas de entrenamiento de aguas tranquilas. En ellas el palista navega en línea recta por calles, sobre distancias de 200, 500 y 1.000 m, para la canoa y el kayak.

– ¿Y qué es eso de kayak? –preguntó mi tío.

– La modalidad del kayak se identifica coloquialmente por su primera inicial K, acompañada por el número de tripulantes, que puede ser uno, dos o cuatro (K-1, K-2, K-4), mientras que la canoa se identifica por la sigla inicial C y el número de participantes (uno o dos) y se conoce como C-1 y C-2. Te sigo leyendo tío: en ambas modalidades las embarcaciones son ligeras. Un K-1 y pesa 12 kg y mide 5,20 m. La embarcación más veloz es el K-4 que con sus 30 kg de peso y 11 m de longitud, cubre los 1.000 m en menos de tres minutos. En la modalidad del kayak, el palista va sentado y maneja el timón con los pies. En la canoa, el palista se apoya sobre una o las dos rodillas y el único elemento que tiene para controlar la embarcación es la pala. ¿Te has enterado tío?

– Bueno, más o menos.

– De acuerdo, te llamo esta tarde y me cuentas ¿vale?

– ¿Crees que entrenarán con lluvia?

– Creo que sí. Fíjate bien en su mirada, es un chico de unos 20 años, moreno con el pelo muy corto. Suerte.

– Ya lo sé sobrina, te llamo. Hasta luego.

El piragüista gallego

capítulo VII

Aquella misma mañana me fui hasta las oficinas del Comité Olímpico Español que está en las afueras de Madrid, en la calle Arequipa.

Me hice pasar por una estudiante de psicología que está haciendo un trabajo para la universidad y pregunté qué tipo de ayuda o apoyo recibían los deportistas que van a las Olimpíadas. Me informaron que existía una oficina de atención al deportista que estaba abierta por las tardes y que la atendía una psicóloga. Quedé para entrevistarme con ella al día siguiente por la tarde. Por fin encontré un nexo común entre todos los deportistas, ahora tenía que averiguar si los once casos estaban relacionados con esta oficina.

Comí rápidamente en la residencia, dejé los apuntes y los libros de la facultad y me puse otra vez de vuelta a la residencia Blume.

El equipo nacional entrenaba en un pequeño gimnasio. Me documenté sobre la halterofilia y supe que es un deporte consistente en el levantamiento de la mayor cantidad de peso posible en una barra en cuyos extremos se fijan varios discos, los cuales determinan el peso final a levantar. A dicho conjunto se denomina *haltera*. Existen dos modalidades de competición: arrancada y dos tiempos. En la primera, se debe elevar, sin interrupción, la barra desde el suelo hasta la total extensión de los brazos sobre la cabeza. En la segunda, se ha de conseguir lo mismo, pero se permite una interrupción del movimiento cuando la barra se halla a la altura de los hombros. De nuevo en las instalaciones del INEF, pude pasar desapercibida por ir con el chándal puesto. Me adentré en la pista de atletismo y bajé hasta el pequeño gimnasio de pesas que estaba cerca del pabellón donde había estado por la mañana observando a las chicas de rítmica. Por la tarde la residencia para deportistas Joaquín Blume estaba muy concurrida de deportistas que entraban y salían por todos los sitios. Esta vez era el equipo entero, masculino y femenino, el que sufría un problema. Al parecer y según constaba en el informe se les escurría la haltera tanto en los entrenamientos como en las pruebas. Lo de la supervisora de limpieza había dado un resultado muy bueno, tendría que probarlo de nuevo. Pero no

hizo falta, en el acceso de la puerta del gimnasio escuché una conversación de sus entrenadores.

– ¡Esto es incomprensible! Hemos probado de todo y no da resultado –dijo uno de ellos, lamentándose.

– Es la cuarta vez que cambiamos la magnesia y las barras son nuevas, las italianas Panatta, lo mejor que hay en el mercado –dijo uno de ellos.

– ¿Qué les digo? Están sin hacer nada…

– Ejercicios de suelo, que de ahí no pasan –dijo uno de los entrenadores apretando la mandíbula.

Por lo visto en todos los deportes pasaba lo mismo, había un problema que les impedía realizar un determinado gesto técnico en su deporte. Tenía que encontrar rápidamente una solución para este asunto, cuyo efecto se multiplicaba a medida que investigábamos. Antes de irme saqué unas fotos desde la ventana a unos quince deportistas que estaban sentados en la posición de cochero (con los codos en las rodillas y el cuerpo hacia adelante) en unos bancos de madera. Sin duda estaban compungidos por esta anómala situación.

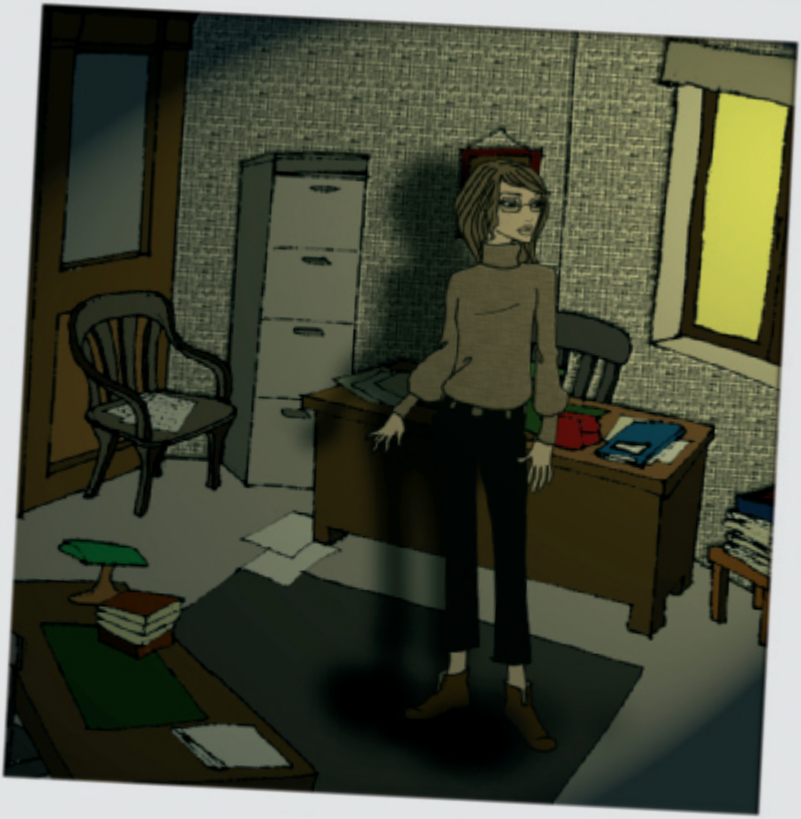
capítulo VIII

Después de salir de la Blume (la llamo así por que para mi ya era un sitio familiar) me fui hasta la agencia para comprobar si había nuevos casos y hacer una puesta en común de todos los informes y fotos que tenía de este asunto. Al llegar puse rápidamente la calefacción y encendí el ordenador para ver todas las imágenes que había ido haciendo. Al instante llamó mi tío para decir que el piragüista no se había podido entrenar por miedo al agua, creía que se podía ahogar si se caía del kayak. Estuvo llorando mientras sus entrenadores intentaban convencerle de que no le pasaría nada si por accidente se caía al agua. Este era el único caso que se daba fuera de Madrid y sin embargo tenía las mismas síntomas que los anteriores.

Mi tío no vendría hasta mañana, estaría sola en la agencia y aunque ya estaba acostumbrada a que mi tío fuese a hacer sus

pesquisas, este caso empezaba a darme algo de miedo. Existía un denominador común que me impulsaba a creer que quienes estuviesen detrás serían personas sin escrúpulos. De repente vi algo en las fotos que me hizo repasarlas una a una para comprobar si era cierto lo que estaba observando. Todos estaban con una fijación sostenida en la mirada en el momento de intentar entrenar. Esta alteración se producía justo en el momento de empezar su sesión de entrenamiento y no antes. Me fijé en las fotos de Manolo, el lanzador de peso, y Daniel, el nadador y ambos tenían una mirada completamente distinta antes de empezar a entrenar. Después sus ojos se quedaban fijos y se iban hacia arriba. Lo mismo pasaba con Elena, la gimnasta. A partir de ahora observaría más este aspecto que no me pasó desapercibido del todo, pero que al verlo en las fotos comprobé ver con más detalle la trascendencia del mismo.

Me preparé mi siguiente visita, los entrenamientos de la selección española de judo. Allí entrena Miriam nuestra gran promesa de medalla en las Olimpíadas.



El despacho de mi tío

capítulo IX

No me puedo imaginar el mundo actual sin Internet, y más para recopilar información de cualquier tipo. Desde la red de redes supe que el judo es un arte marcial fundado por Jigoro Kano en 1882 y que a pesar de su corta vida ha conseguido un alto porcentaje de clubes en Occidente y una gran aceptación en todo el mundo. Kano quiso recoger la esencia del *jiujutsu*, arte marcial practicado por los *bushi* o caballeros durante el período Kamakura (1185-1333), junto a otras artes de lucha practicadas en el momento en el lejano Oriente y fundirlas en una única y básica. La primera escuela se abrió en 1882, en Shitaya.

Tuvo muy pronto una gran acogida en Japón y ya a finales del siglo XIX era considerado como deporte oficial y la policía de aquel país lo había incluido en sus entrenamientos. El primer club judoka de Europa fue el londinense Budokway (1918).

La vestimenta usada es el *keikogi* (no confundir con *kimono*), que en el judo recibe el nombre de *judogi*, y con el cinturón (*obi*) forma el equipo personal y necesario para poder practicarlo. El judogi puede ser blanco o azul, aunque el azul no es más que un añadido para simplificar el arbitraje.

En Occidente los cinturones comienzan por el color blanco y le siguen el amarillo (quinto kyu), naranja (cuarto kyu), verde (tercer kyu), azul (segundo kyu), marrón (primer kyu) y negro. En cambio en Japón solo existen el cinturón blanco, marrón y negro. Dentro del negro aparecen otras graduaciones denominadas *dan* que llegan hasta el 10º. Al llegar al cinturón negro 6° dan, el cinturón no es literalmente negro, sino que es blanco con rojo. Al llegar al 9º dan el color del cinturón pasa a ser rojo, y el 10º dan solo ha sido concedido a los alumnos del maestro Kano, a algunos otros judokas a título póstumo y recientemente a los maestros Yoshimi Osawa, Toshiro Daigo e Ichiro Abe y en España al Maestro Navarro. Sin embargo, Jigoro Kano, su fundador, recibió el título póstumo de Shihan (Doctor).

El lugar donde se practica recibe el nombre de *dojo* y en el suelo hay unas colchonetas de 2x1 m y unos 5 cm de ancho llamado *tatami* para no dañarse al caer.

La palabra *judo* está formada por dos sílabas "ju" y "do" y significa algo parecido a "camino de la flexibilidad" o "camino apacible"; con esto se intenta explicar que la forma de vencer

una fuerza no es oponiéndose a ella, sino todo lo contrario, apoyándola y dirigiéndola para tu propio fin. Sería como una hoja que sostiene un poco de agua y cuando no aguanta más se inclina y la deja caer.

El judo tiene como objetivo derribar al oponente usando la fuerza del mismo. En el judo de competición se puede vencer de 4 formas: la primera es derribando al oponente sobre su espalda (*ippon* directo). Cuando el oponente no cae perfectamente sobre su espalda el combate puede continuar en lo que se conoce como trabajo de suelo (combate de suelo, *newaza*), aquí se pueden aplicar estrangulamientos, palancas al codo (luxaciones), o inmovilizaciones que consisten en mantener sujeto al oponente en el suelo boca arriba. También puede perderse un combate siendo descalificado por el árbitro o ganarse por puntos. Los puntos se consiguen mediante derribos que no sean ippon directos, mediante inmovilizaciones que no alcanzan el tiempo necesario para ser consideradas ippon o mediante sanciones del árbitro al contrario.

Con toda esta información me fui hasta el vecino pueblo de Móstoles, lugar donde entrenaba esta superjudoka. En el gimnasio Lee tienen una decoración muy orientalista, con cuadros y ornamentos chinos por todos los sitios. En el tatami había un señor de rasgos orientales muy alto y de gran envergadura que entrenaba a seis o siete judokas. Una de ellas era Miriam, cuya cabellera rubia destacaba sobre los demás. Pregunté a una

chica qué había detrás de un minúsculo estante lleno de folletos, al tiempo que me preguntaba si ya había practicado antes judo, mi condición física, etc. Yo estaba atenta a lo que ocurría en el interior del tatami. Cuando el entrenador o maestro le mandó a Miriam levantarse para hacerle una demostración, ésta empezó a reírse y a no atender a lo que decía aquél. Entonces el maestro empezó a hablar en un lenguaje ininteligible (¿sería chino?) y parecía cada vez más irritado. Mientras, en un primer plano, la recepcionista me preguntaba si quería dos o tres días a la semana, qué horario me venía mejor, si tenía judogi (aunque ella lo llamó kimono). Le dije que sí sin saber muy bien a qué. Y cuando volví a mirar al tatami Miriam seguía riéndose y el maestro lo abandonaba entre lamentos, que más bien parecían rugidos de perro rabioso. Al pasar a mi lado le dijo a mi informadora en un perfecto lenguaje de jefe apache:

– Hoy tampoco haber entrenamiento.

Cogí todos los folletos de inscripción del gimnasio mientras asentía con la cabeza y sonreía a la recepcionista. Miré por último al tatami y aproveché para sacar unas fotos. Miriam había dejado de reír y se encontraba como en trance. Al igual que sus compañeros olímpicos, su mirada estaba sostenida en un punto.

Volví a la capital por la carretera de Extremadura, ya sabéis la Nacional V, lo que aproveché para ir a la Casa de Campo, lugar de entrenamiento de mi siguiente expediente: el maratoniano.

capítulo x

Dejé la lambretta en un lugar cercano al circuito de entrenamiento de la Casa de Campo de Madrid. Frente a mí se erigía majestuosa la noria del Parque de Atracciones y unos cuantos cachivaches que presumían de ser divertidos. Me recordó cuando de más pequeña mis padres me traían en verano y por mi cumpleaños. Lo que a los demás niños les provocaba una sonrisa a mi me producía una ligera tristeza que hubiese ido a más si no llegara a sonar mi teléfono móvil. Era mi tío para decirme que ya había llegado a Madrid y que estaba a punto de abrir la agencia. Le conté lo de la judoka risueña y mi teoría sobre la mirada fija y sostenida de todos los deportistas. Él ratificó esta hipótesis con el piragüista y me emplazó a vernos después de mi entrevista con la psicóloga del COE.

– En la Casa de Campo hace un frío espantoso, estoy enfrente de los vestuarios. Espero localizarlos pronto –le dije mientras tiritaba.

– El maratoniano es el que se pierde ¿no?

– Sí. Según su expediente hace doble sesión de entrenamientos. Una por la mañana de dos horas y media y otra por la tarde de otro tanto. Tío, tengo que dejarte, veo a un grupo de atletas correr por aquí cerca. Hasta luego.

– Ten cuidado Minerva, no sabemos quién está detrás de todo esto.

Arranqué mi fiel lambretta y me puse a perseguir de manera cautelosa al grupito de corredores que entrenaba en un camino paralelo a la carretera. Se dirigían al teleférico en una pronunciada cuesta, que empezaba a despoblarse de pinos piñoneros que inundan el recinto de la Casa de Campo. Un coche pequeño se acercó a ellos y les preguntó por alguien (al llevar el casco puesto no pude saber de quién se trataba, aunque me imaginé que era nuestro deportista olímpico Miguel). Los corredores pararon su marcha y todos hicieron el gesto del pingüino (llevarse los hombros a las orejas para indicar que no tienen ni idea de algo). Me quité el casco para escucharles.

– ¿Para dónde ha ido? –les dijo el acompañante del conductor.

– Ni idea –dijeron varios de los corredores mientras meneaban la cabeza hacia los lados.

– Vale, seguid con lo vuestro.

El coche inició la marcha y yo traté de seguirles. Pese a que limitaba la velocidad a 40 km a la hora el coche de la Federación Española de Atletismo iba sensiblemente más deprisa (espero que esta afirmación no sea tenida en cuenta por las autoridades de tráfico).

Llegamos a un descampado y bajo una gran encina y sentado en cuclillas estaba un corredor con unas mallas negras que le cubrían las piernas y un chubasquero naranja muy llamativo. Supongo que el color chillón del impermeable sería para localizarlo enseguida. Todo parecía indicar que era Miguel. Me acerqué todo lo que pude y aunque no escuché gran cosa pude sacar unas fotos de este despistado atleta. Al igual que los otros tenía la mirada fija y el semblante de una persona ausente. Lo introdujeron en el coche y se fueron a toda prisa. Pero siempre muy por debajo de lo permitido (me entendéis ¿verdad?).

Antes de ir a las oficinas del COE, en la otra punta de Madrid, me tomé un zumo de naranja, mi bebida preferida, en una

cafetería de Campamento. Me senté en una mesa que daba a una parada de taxis. Allí preguntaría cómo iba mejor a mi destino a los sufridos taxistas. Abrí la información que tenía del maratón y me enteré que es una prueba atlética de resistencia con categoría olímpica que consiste en correr a pie la distancia de 42,195 km. Forma parte del programa olímpico en la categoría masculina desde 1896 y en 1984 se incorporó la categoría femenina. Su origen se encuentra en la gesta del soldado griego Filípides, quien en el año 490 a. C. murió de fatiga tras haber corrido unos 48 km desde Maratón hasta Atenas para anunciar la victoria sobre el ejército persa. En honor a la hazaña de Filípides se creó una competición con el nombre de maratón, que fue incluida en los juegos de 1896 de Atenas inaugurados por el Barón Pierre de Coubertin. En estos primeros Juegos Olímpicos el gran héroe fue el ganador de la prueba de maratón, un pastor griego llamado Spirido Louis, que fue seleccionado casi por obligación por un oficial de ejército griego. Antes de la salida permaneció dos días en oración y ayuno. Al final de la carrera entró en solitario por la meta para delirio de sus compatriotas y salvando así el honor helénico dado que fue el único triunfo griego en estos juegos. Esta victoria lo convirtió en una persona rica, incluso un carnicero se ofreció a darle carne de por vida y un zapatero a calzarle. Murió sin faltarle nada.

Los 42,195 km por los que hoy día conocemos el maratón datan del año 1908, cuando se celebraron los Juegos Olímpicos de Londres y la reina estableció, sin quererlo, esta distancia

como la distancia oficial de la carrera de resistencia por antonomasia. Esta distancia es la que separa la ciudad inglesa de Windsor del estadio White City, en Londres. Los últimos metros fueron añadidos para que la final tuviera lugar frente al palco presidencial del estadio.

Inicialmente todos los maratones eran masculinos. Las carreras femeninas comenzaron en la década de 1970 y hoy casi todas incluyen una modalidad para mujeres. El maratón femenino fue introducido en el calendario olímpico por primera vez en los Juegos de Los Ángeles '84. Aunque fuese también femenino creo que jamás podría correr 42 km seguidos. Quizá, si se pudiera correr a plazos, en dos o tres meses, creo que a lo mejor…

capítulo xi

Finalmente opté por atravesar Madrid por el centro y no recurrir a la M-30 o la M-40. Me fui por la calle Arturo Soria hasta la calle Arequipa, sede del C.O.E. La psicóloga de la oficina de atención al deportista me dijo que tenía algo de prisa porque había concertado varias entrevistas con deportistas de élite para esa misma tarde. Le realicé varias preguntas, que me contestó con cierta desgana.

Mi trabajo consiste en prever los problemas que pueda tener un deportista y ayudar a mejorar su rendimiento.

– ¿Qué tipo de terapias utilizas? –le dije como si fuese una experta.

– Más bien conductista, también relajaciones y visualizaciones de éxito, etc. –me dijo cada vez con menos ganas y mirándose el reloj.

– ¿Se han derrumbado algunos deportistas cuando ya está cerca la competición? –le dije para fijar el problema que me interesaba.

– Mira, tendremos que seguir en otro momento, tengo a gente esperando.

– Puedo venir otro día.

– Vale, deja tu teléfono y ya te llamaremos para concertar una cita –me dijo levantándose de su silla.

De repente me vino a la cabeza lo que había escuchado dos días antes en el desayuno en la Facultad de Estomatología.

– ¿Utilizan la hipnosis para mejorar su rendimiento deportivo?

– ¿Qué sabes tú de eso? –me dijo muy extrañada en la puerta de su despacho.

– Leí algo hace algún tiempo –típica respuesta de detective.

– El anterior terapeuta utilizaba este método, pero sin resultados probados.

– ¿Sabe su nombre?

– ¿Tú eres estudiante de verdad? Me parece que tú vienes por otro asunto –me dijo con cara de pocos amigos.

– No, ni muchísimo menos, es que me interesa mucho este tema –le dije poniendo aspecto de inocente.

– Se llamaba Canuto Cerbero y se tuvo que ir porque tuvo muchos problemas.

– ¿No me puede decir algo más?

– No, lo siento, será mejor que te vayas. ¿No serás periodista verdad?

– No, no, que va. Bueno adiós y gracias.

Salí rápidamente hacia mi lambretta, pero antes de arrancarla y ponerme en marcha llamé a mi tío.

– Creo que tenemos una pista.

– ¿De qué se trata, has descubierto algo sobrina? –me dijo muy inquieto.

– Voy para allá, cuando llegue te lo cuento. Por ahora anota este nombre: Canuto Cerbero.

– ¿Quién es?

– Llego en 20 minutos, hasta ahora.

capítulo xii

Cuando llegué a la agencia, caía la fría noche en Madrid. Dejé la lambretta como siempre en la Plaza del Rey y me fui caminando unos metros hacia la calle Colmenares, que es donde tenemos la agencia. Subí los 84 escalones y nada más abrir sentí el calor de la calefacción.

– ¿Qué tal Minerva, cómo te ha ido? Me tienes en ascuas. Cuéntamelo todo, rápido.

– Hola tío, creo que tenemos algo –le dije sin disimular mi alegría.

Encendí el ordenador mientras le contaba todas mis pesquisas y la casualidad de haber escuchado la conversación de la hipnosis en la cafetería de la Facultad de Estomatología. Te-

cleé en el buscador de Internet el nombre de Canuto Cerbero y ¡eureka!

– Mira tío. Este es nuestro hombre, tengo un presentimiento.

– ¡Bravo sobrina!

En ese instante sonó el timbre de la puerta de abajo. Era muy raro porque la puerta del portal estaba casi siempre abierta. Al preguntar quién era, supimos que era un mensajero con un paquete. Subió a duras penas los cuatro pisos y nos entregó un gran paquete, sin remitente.

Mientras mi tío le daba unas monedas, abrí rápidamente el enorme sobre que venía envuelto en varias capas. Eran nuevos expedientes de deportistas afectados por el síndrome de falta de rendimiento. La plaga emocional de los superdeportistas se iba extendiendo a otros deportes: el baloncesto, el waterpolo, la hípica, etc. Así hasta nueve deportes más y unos cuarenta deportistas afectados. En una carta, escrita con cierta desesperación, el señor que se identificaba como señor XXX, nos urgía a resolver de inmediato este enigma, sino el escándalo y el desprestigio de nuestro país harían fracasar los Juegos Olímpicos.

Los dos nos quedamos mirando un instante en silencio y ambos dijimos lo mismo:

– ¡Hay que darse prisa!

Intenté averiguar un domicilio o un teléfono de Cerbero, el hipnólogo que había estado trabajando para el C.O.E. y que se despidió sin demasiadas explicaciones. Resolví llamar al colegio de Psicólogos para que pudieran darme una orientación o pista sobre este señor. Mientras tecleaba en el ordenador la palabra hipnosis, más de cuatrocientas mil acepciones sobre hipnosis salieron en el ordenador. Ya tenía trabajo por delante para tratar de averiguar si esta pista era la correcta. Todo apuntaba a que estábamos en buen camino.

capítulo xiii

Al parecer la hipnosis es un estado mental en que algunas personas pueden ser inducidas a mostrar varias diferencias en su pensamiento y conducta. Y aunque algunos individuos experimentan "estado alterado de consciencia", esto no es igual para cada individuo. Según la enciclopedia algunos supuestos indicadores hipnóticos y cambios subjetivos pueden conseguirse sin relajación o larga inducción, hecho que aumenta la controversia en torno a la hipnosis, ya que se puede hipnotizar sin tener que tratarlos en un sillón o una camilla.

Además, la hipnosis se puede usar para dar respuestas a las sugestiones. Al usar la hipnosis, una persona (el sujeto), es guiada por otra (el hipnólogo) para responder a sugestiones por cambios en experiencia subjetiva, alteraciones en la percepción, sensación, emoción, pensamiento o comportamiento.

Aquí estaba la clave de por qué los deportistas tenían alterada su percepción de la ejecución de su deporte.

Llamé a diferentes lugares, pero este señor no aparecía por ningún sitio. Era como si se hubiese esfumado. Encontré una entrevista suya en un diario de provincias con motivo de un congreso de psicología del deporte.

Sostenía argumentos muy radicales sobre el estado actual del deporte, decía que el hombre nada más juega cuando es libre en el pleno sentido de la palabra y nada más es plenamente hombre cuando juega, por eso seguía diciendo, el deporte actual no es más que una adulteración del juego, del verdadero espíritu del deporte.

Eso explicaría todo, quiere acabar el deporte profesional porque para él no es un juego. Seguía argumentando en la entrevista que actualmente el deporte no es ocio, sino negocio y que muchos deportistas son gladiadores y no atletas.

Mi tío se asombraba de estas declaraciones y no llegaba a explicarse cómo no habían dado con esta pista antes.

– También tenían la portería delante de sus narices y no acertaron a verla –le dije con ironía.

– Ahora hay que localizar a este individuo.

– En su biografía dice que trabajó en el Sanatorio Neuropsiquiátrico del Doctor León en la Plaza Mariano de Cavia. Lo mismo sigue trabajando allí o saben algo de su actual paradero.

– Iré yo mañana por la mañana, me haré pasar por un antiguo paciente suyo y trataré de averiguar dónde podemos localizar a este hipnotizador –dijo mi tío mientras se atusaba el bigote.

– En los informes están los teléfonos de algunos de los entrenadores, les llamaré y les preguntaré si han estado en contacto con este señor. Por cierto, tío, se dice hipnólogo que este señor tiene la carrera de psicología y al parecer es considerado una autoridad en la materia.

Poco después me fui hasta mi residencia, allí me esperaba Sandra, mi compañera de habitación.

– ¿Dónde te metes Minerva? –me dijo desde su mesa de estudio.

– Trabajando en un caso muy importante.

– Cuenta, cuenta, que no se lo voy a decir a nadie –me dijo mientras se ponía de pie.

Si algo tiene que saber un buen detective es que si quieres que algo se mantenga en secreto, no se lo puedes contar a

alguien que te asegura que no se lo va a decir a nadie. Es casi seguro que lo sabrá todo el mundo.

No tiene importancia, es un caso de un divorcio –dije al tiempo que me ponía el pijama.

– Entiendo. ¿Es de alguien muy famoso verdad?

– Bueno…

capítulo xiv

Me levanté muy temprano y sin hacer ruido para despertar a mi compañera de cuarto, estuve hojeando las características del hockey sobre hierba. Según lo que pude recabar, el hockey sobre hierba es un deporte en el que cada jugador está provisto de un *stick* (vulgarmente conocido en el argot como palo) con el que puede manejar la pelota o bola.

El stick consiste en un mango largo de forma cilíndrica que se transforma en una forma aplanada y finaliza en una pala semicircular con una cara plana y la otra curva. La cara plana se utiliza para poder detener, pasar o golpear la pelota, mientras que no está permitida la utilización de la cara curva. Todos los sticks son similares, con pequeñas diferencias en lo que se refiere a su longitud (en el caso de categorías infantiles es más corto), anchura, dureza, flexibilidad o peso. Así por ejemplo, los jugadores

que ocupan posiciones defensivas cercanas a la portería suelen utilizar sticks más duros y algo más pesados que los jugadores que ocupan posiciones de ataque en la delantera, donde prima la habilidad en el regate y la rapidez.

No podía sospechar que el hockey sobre hierba o césped era un deporte muy antiguo, aunque no se conoce su verdadero origen. Se tiene registro gráfico de dos personas utilizando palos con una pelota en medio en el Antiguo Egipto. Igualmente existe un relieve de la Edad Media en Europa donde se pueden ver dos personas jugando. Se cree también que se pudo haber originado en Asia, en lo que hoy se conoce como Pakistán e India, y de ahí los colonos británicos pudieron haberlo adoptado y llevado a Europa. Es así como a finales del siglo XIX se conforma la primera asociación de hockey sobre hierba. Las selecciones nacionales de India y Pakistán han sido las grandes dominadoras mundiales de este deporte durante muchas décadas. En la actualidad es un deporte olímpico y se celebran tanto campeonatos del mundo como de Europa, además de las ligas de cada país. Y el nuestro era una potencia que podía conseguir medalla, si las chicas lograban acertar a golpear la bola. Dependía de nosotros averiguar el por qué. Y un pálpito me decía que estábamos a punto de averiguar el origen de todo esto.

Fui a las dos primeras clases y después me dirigí al club de El Pardo, lugar donde parte del equipo nacional estaba en una concentración como preparación a las Olímpiadas.

No me fue muy difícil entrar en tan selecto club. Dije que era una periodista que iba a entrevistar a la entrenadora nacional del equipo femenino de hockey y sin problemas me abrieron la verja de entrada.

Después de dar varias vueltas, tuve que reconocer que me había perdido. Pregunté a dos jardineros que parecían ser ecuatorianos y muy amablemente me indicaron el lugar exacto donde entrenaban. Me hice el propósito de limpiar la mirilla del casco. Después de volver a perderme, por fin encontré el campo donde entrenaba el equipo nacional. Me senté en las gradas de cemento y desde allí comprobé el problema que tenían la totalidad del equipo. No conseguían acertar la minúscula pelota negra.

La verdad es que desde arriba no parecía un asunto fácil darle a la dichosa pelotita negra de dimensiones minúsculas. Pero ellas tenían que estar acostumbradas ya que algunas habían sido subcampeonas del mundo. Había ocasiones que lograban acertar a la bola, pero antes habían lanzado varios intentos al aire, a diestra y siniestra, y no parecía que eso sirviese para mucho. Los entrenadores se enfurecían y desesperaban, ellos mismos ejecutaban el golpeo, creo que algo enfadados.

Saqué unas cuantas fotos desde arriba del todo. Después bajé hasta la barandilla que limita la entrada al campo de césped artificial e hice como si estuviese hablando por el móvil, que en realidad era mi cámara de fotos. Saqué unas cuantas fo-

tos de cerca y escuché parecidos lamentos que ya había oído con anterioridad:

– ¡Así no podemos seguir!

– Tendremos que hablar muy seriamente con ellas –dijeron dos entrenadores con tono de clara preocupación.

capítulo XV

Esa misma mañana me fui hasta el vecino pueblo de Alcobendas, lugar donde entrena ocasionalmente el equipo nacional de ciclismo en pista. Después de localizar el velódromo municipal, dejé la lambretta a la entrada de las instalaciones, intenté pasar sin preguntar demasiado, pero un empleado me dijo que dónde iba. Le dije que era periodista y que venía a hacer unas fotos al equipo de ciclismo. Hizo una llamada y finalmente pude entrar a un enorme complejo deportivo perfectamente señalizado.

A la entrada del velódromo aproveché que estaban descargando material deportivo, entre otras cosas, bicicletas con ruedas lenticulares. Me colé por la puerta de servicio y desde allí me escondí al lado de un hangar. Al parecer mi presencia no fue detectada por ninguno de los allí presentes. Rápidamente

localicé a nuestro ciclista olímpico. Era llevado por un ayudante o entrenador en su bicicleta, como si le estuviese enseñando a montar en bici (nada menos que a un campeón del mundo). Le impulsaba una y otra vez hacia delante pero éste al acabar el impulso movía los pedales hacia atrás hasta pararse, luego rápidamente era sostenido por alguno de los entrenadores porque los anclajes de sus zapatillas le impedían soltarse a tiempo para poner el pie en el suelo. Saqué rápidamente unas fotos y de nuevo me fijé en la mirada de Emilio: estaba perdido, como ausente con la mirada sostenida en un punto fijo. Después de unos minutos decidí irme a la agencia a hacer los informes y mandarlos a nuestro enigmático cliente.

Al llegar a la agencia me acordé que al día siguiente tenía un importantísimo examen de Fisiopatología, uno de esos que son liberatorios y que si apruebas te quitas una cuatrimestral de un plumazo. Aún tenía que acabar el informe del ciclismo, así que me di prisa en sacar la información de Internet.

El ciclismo en pista se caracteriza por disputarse en un velódromo y con bicicletas de pista, que son un poco más altas que las de ruta, esto para no rozar en las vueltas. A diferencia de las bicicletas de ruta, las bicicletas de pista no tienen frenos ni cambios, tienen piñón fijo, es decir, los pedales se seguirán moviendo hasta que se detenga la rueda, como en las bicicletas de *spinning*. Existen varios tipos de pruebas:

• Velocidad individual: consiste en un *sprint* de una sola persona con previo impulso de 1 vuelta al velódromo; esta prueba es de 200 m.

• Velocidad por equipos: prueba en la que un equipo de 3 integrantes realizan un sprint sin impulso previo cuando el ciclista de la primera posición concluye la primer vuelta al velódromo, éste les permite el paso a sus dos compañeros, que vienen en fila atrás de el ganador por mejor tiempo.

• Persecución individual: prueba donde dos corredores se enfrentan sobre una distancia determinada y toman la salida en dos puntos opuestos de la pista.

• Persecución por equipos: prueba donde se enfrentan dos equipos compuestos por cuatro ciclistas cada uno en una persecución sobre 4 km.

• Carrera por puntos: carrera donde se cubren de 25 a 40 km y donde la clasificación final se establece por los puntos sumados por los ciclistas en los sprints que tienen lugar cada cierto número de vueltas y por vueltas ganadas.

• *Keirin*: prueba en la que varios corredores disputan un sprint tras haber efectuado un determinado número de vueltas detrás de un lanzador en ciclomotor o en bicicleta hasta alcanzar los 40 km/h.

• *Scratch*: prueba en la cual un grupo de alrededor de 25 ciclistas compiten entre si con conocimiento previo de las vueltas que dura la prueba.

• *Madison*: es una variación de la prueba de puntuación en la cual se participa por equipos de dos corredores, en los que sólo uno participa en un momento determinado.

Acabé los informes y se los mandé a la dirección de correo que nos había dado. Aún me quedaban dos expedientes de la primera entrega: fútbol y tenis. Mi tío era una gran aficionado al fútbol, a mi me quiso hacer seguidora del Real Madrid. Le acompañaba porque siempre nos daba dos entradas gratuitas un antiguo cliente de mi tío, que le descubrió donde estaba su hermano perdido desde después de la Guerra Civil. Mi tío lo encontró en un pequeño pueblo de Guipúzcoa, Zumaia, donde regentaba un agroturismo con vistas al mar. Desde entonces nos llegaban entradas para los mejores partidos. Discúlpenme si no digo el nombre del cliente, ya que se trata de un importante hombre de negocios vinculado a la Casa Blanca (por si no lo saben es el nombre que algunos periodistas le dan al Real Madrid).

Emilio: el ciclista

capítulo xvi

Comí rápidamente en un pequeño restaurante que hay frente al teatro Infanta Isabel. Miré varias veces el móvil para ver si mi tío me había llamado, pero no tenía llamadas perdidas de nadie. Me pareció bastante raro no haber recibido ninguna noticia suya en toda la mañana. Supuse que estaría en el rastro de una buena pista y no le di más importancia. Intenté repasar los apuntes de Fisiopatología, pero en el garito donde acababa de comer era imposible concentrarse.

Me subí los 84 escalones hasta llegar a la agencia y allí me tumbé en el sillón de entrada con los apuntes entre las manos. El cansancio acumulado y la comida me hizo sumergirme en un agradable estado de somnolencia al que suele llamarse siesta. Me desperté con el ruido de la puerta que se cerraba bruscamente, era mi tío que acababa de regresar. Me encontraba en

ese estado *sonambúlico* entre el sueño y la vigilia, cuando escuché lo que me dijo mi tío:

– Despierta. Quiero que llames al teléfono que nos dejaron el otro día para decirles que abandonamos el caso –esto hizo que me despertara bruscamente.

– Pero… ¿por qué? No entiendo… –le dije aún sin salir de mi asombro y mi estado de penumbra.

– Está decidido. No se hable más –me dijo categóricamente.

– Tío ¿te pasa algo? –le dije preocupada porque me pareció que tenía un gesto raro, entre rígido y adormilado.

– Yo soy el que manda aquí y he dicho que no vamos a seguir con el caso.

Mi tío nunca me había hablado así nunca, casi me pongo a llorar por el tono tan hosco que utilizó conmigo. Me quedé asombrada e indignada, me fui a una pequeña habitación que teníamos como sala de reuniones y allí empecé a atar cabos:

Mi tío había estado buscando al hipnólogo, sospechoso de haber inducido a los deportistas a su estado de ineptitud e inhabilidad en sus respectivos deportes. Es posible que hubiera contactado con este peligroso señor y le hubiese provocado

una hipnosis, dándole instrucciones para que dejase el caso de inmediato. Fui a verle a su despacho.

– Hola tío. ¿Encontraste al hipnólogo?

– ¿De que me estás hablando? –me dijo con la mirada perdida.

Lo suponía, estaba bajo un estado hipnótico con la mirada fijada en un punto y como ausente.

– Nada, no te preocupes déjalo –le dije para que se tranquilizase.

Me quedé algo nerviosa, pero reaccioné rápidamente. Tenía que sacar a mi tío de ese estado posthipnótico en el que se encontraba. Para ello tenía que saber si otro hipnólogo podría anular las órdenes que había recibido. Llamé rápidamente a una clínica de psicólogos especializada en hipnosis.

– Por favor, quisiera hablar con un psicólogo –le dije a la telefonista.

– ¿Para qué es, quiere una cita? –me preguntó extrañada.

– Mire es un caso de urgencia. ¿Por favor me puede poner con un hipnólogo o hipnóloga?

– Espere un momento, avisaré a uno de los psicólogos.

Después de un tiempo, se puso al teléfono una voz masculina que cuando empezaba a decirle que creía que mi tío había sido hipnotizado porque estaba muy raro, me contestó:

– Oiga no estamos para bromas –y me colgó enseguida.

Así hasta tres veces en distintas clínicas que se anuncian en Internet, pero a la cuarta se puso un señor directamente:

– ¿Dígame?

– Mire, perdone que le moleste, pero necesitaría contactar con un hipnólogo para un asunto muy urgente y de vital importancia.

Cuando le terminé de explicar todo el asunto accedió a venir a la agencia, pero tenía que ser a última hora de la tarde. Respiré tranquila e intenté concentrarme en el examen del día siguiente. Mientras pensé en un plan para que mi tío no sospechara: le diría que es un cliente que nos viene a ofrecer un nuevo caso. Como no me pude concentrar mucho en la fisiopatología, preparé las dos visitas del día siguiente: el fútbol y el tenis.

Mi querida lambretta

capítulo xvii

Centré mi atención en el joven jugador del Atlético de Madrid, que estaba destinado a ser la columna vertebral del equipo de fútbol olímpico. Comprobé que entrenaba por la mañana en el Estadio Vicente Calderón, desde las nueve hasta las once horas. Su principal problema era que tenía miedo al golpear el balón y que estaba ocasionando un serio perjuicio a su equipo, además de la selección.

Aunque ya sabía las reglas del fútbol, me dispuse a elaborar el correspondiente informe interno para la agencia, que consistía en describir el deporte. En un partido de fútbol se enfrentan dos equipos formados por 11 jugadores (10 jugadores de campo y 1 portero) cada uno. Se dice que un equipo anota o marca un gol cuando la pelota cruza completamente la línea de meta del campo contrario entre los dos postes y el larguero

de la portería, es decir, es introducida en la portería contraria. El objetivo del juego es anotar más goles que el equipo contrario. Los antecedentes más reconocidos del fútbol son el *Kemari*, un juego de pelota que se disputaba en Japón en el siglo V a. C., y el calcio italiano, un juego muy parecido al fútbol que se jugaba en las plazas públicas italianas en el siglo V. También se conocen indicios de deportes similares al fútbol en las civilizaciones de la América Precolombina. Por supuesto que del fútbol se pueden añadir muchas más cosas, pero tenía que acabar rápidamente los informes antes de que viniera Isidro, el hipnólogo.

La última deportista era Virginia, una tenista que sufría calambres en las piernas en los partidos. Curiosamente era la única que no los tenía en los entrenamientos y su número de *ranking* había caído hasta el número cien porque no podía ganar ni uno solo de los partidos que jugaba de manera oficial.

A eso de las ocho de la noche llamaron al timbre, mi tío estaba aún ausente y aproveché para cuchichear a Isidro mi plan. Isidro era un señor de unos cincuenta años, de pobladas cejas y de voz muy grave y penetrante. Saludó a mi tío y le dijo que quería que resolviese un caso de un familiar perdido, al tiempo que sacaba un reloj antiguo uno de esos que se colgaba en los chalecos de una cadenilla pequeña.

Mi tío le dijo que haríamos todo lo posible y que por favor nos facilitase todos los datos, la última vez que lo vieron, etc.

Isidro entonces miró la hora en la reliquia que tenía como reloj y dijo que le perdonara, pero se le había parado. Lo sujetó desde la cadenilla y empezó a moverlo para, según él, darle cuerda. Mi tío fijó su mirada en el reloj que se movía como un péndulo y sin que se diese cuenta empezó a mover los ojos al compás del reloj.

Isidro empezó a decirle por medio de una voz susurrante:

– Ahora sólo existe este reloj para tí. Toda tu atención se fija en el movimiento que va de izquierda a derecha, de derecha a izquierda. Tus ojos se van cansando, tus párpados se van cerrando poco a poco. Empiezas a sentir un estado de relajación muy agradable. Sientes sueño, mucho sueño.

Os juro que hasta yo me estaba quedando dormida, pero tuve un momento de lucidez y vi como Isidro se ponía de pie y se acercaba hasta donde estaba mi tío. Con su mano derecha le cerró suavemente lo ojos al tiempo que le movía ligeramente la cabeza.

– Y ahora, cuando cuente cinco, entrarás en un estado de sueño muy profundo. Uno, dos (y mi tío iba cayéndose hacia el respaldo de su sillón) tres, cuatro y cinco. Duermes, duermes.

– Ya está –me dijo en voz baja.

Yo me acerqué y le dije que si le podíamos preguntar. Afirmativo, me contestó Isidro.

Le dije que le preguntara si había sido hipnotizado esta mañana.

– Ahora, Segismundo, me va a escuchar tu mente profunda: ¿has estado sometido a hipnosis en las últimas veinticuatro horas?

De repente una voz que no era la de mi tío, al menos yo nunca se la hubiese podido reconocer, dijo:

– Sí.

– ¿Quién y dónde te han realizado esa hipnosis?

– El profesor Canuto Cerbero, en el sanatorio del doctor León.

Yo estaba muy nerviosa porque no me podía imaginar que a través de hipnosis se pudiera hacer todo esto.

– ¿Y te ha dado alguna orden posthipnótica? –le dijo Isidro con su voz grave y profunda.

– Sí –dijo mi tío.

– ¿Cuál?

– Tengo que abandonar el caso de los once deportistas.

– ¿Y por qué Segismundo?

– Porque, sino la vida de mi sobrina correría peligro.

– Bien, ahora te anularé esa orden y te pediré que olvides por completo la sesión de esta mañana. ¿Entiendes Segismundo?

– Sí.

– Ni tu vida ni la de tu sobrina correrán peligro. Seguirás investigando hasta descubrir toda la verdad. Y ahora contaré para atrás de diez a uno y despertarás y no te acordarás de nada. Diez, nueve, ocho…

Mi tío despertó y pidió perdón por haberse dormido, se excusó para ir al lavabo, momento que agradecí a Isidro toda su ayuda. Quedamos en su gabinete al día siguiente por la mañana. Se fue antes de que mi tío regresara de los lavabos.

– ¿Qué quería ese señor? –me preguntó mi tío

– Nada, informarse de las tarifas.

– ¿Y qué?

– Le pareció muy caro nuestro servicio.

– ¿Le habrás dicho que le podemos hacer una rebaja? Sobre todo si está en apuros…

Me fui hasta la residencia dejando a mi tío ignorante de todo lo que le había pasado. Algún día se lo contaría todo, pensé mientras circulaba por la Gran Vía con mi lambretta.

capítulo xviii

Esa noche apenas pude dormir, no hacía más que ver a mi tío en trance, hablando como si estuviera en otra dimensión. Cuando me desperté ya se había ido Sandra, mi compañera de habitación, eran casi las nueve y a las diez había quedado con Isidro en su gabinete de la calle Orense. Me duché rápidamente y me tomé un café todo lo deprisa que pude. Llamé a mi tío y me preguntó por mi examen, al que trataría de llegar por todos los medios, pues era a la una. Llegué a las diez y cinco y su secretaria me abrió la puerta.

– ¿Eres Minerva?

– Si, perdón por el retraso –le dije tratando de hacerme disculpar.

– No importa, pasa a su despacho.

Llamé a su puerta y cuando escuché la voz de adelante, me adentré en su consulta. Me llamó la atención el típico sillón negro de cuero que tenía en medio de la habitación, era tal y como me lo había imaginado.

– Ante todo muchas gracias por haber quitado el hechizo a mi tío.

– ¿Qué tal se encuentra?

– Hablé con él esta mañana y no se acuerda de la experiencia de ayer, es como si no hubiese pasado nada.

– Es normal, aunque es posible que con el tiempo se vaya acordando de algunas cosas.

– ¿Conoce a Canuto Cerbero, el hipnólogo que le dio las órdenes?

– Sí, fue profesor mío en unos cursos de hipnosis clínica. Es una eminencia, pero algo trastornado.

Le conté desde el principio toda nuestra problemática y él trató de enfocarlo bajo el punto de vista colectivo.

– Se pueden desactivar sus órdenes con una hipnosis colectiva, tendrás que hablarlo con la persona que os contrató.

– De acuerdo, pero antes quiero ir a ver al malvado profesor Cervero. ¿Me puede hipnotizar si yo no quiero?

– Depende del grado de sugestionabilidad que tengas. Puedes reírte cuando trate de meterte en trance. La risa es el perfecto antídoto para la hipnosis. Pero tienes que tener cuidado. Mucho cuidado.

– Lo tendré, no se preocupe. Y perdone que le moleste ¿Se puede hipnotizar a uno para que le salga bien el examen? –le dije en la puerta de su consulta.

– No, para eso solo existe una solución: estudiar –dijo riéndose.

capítulo xix

Acabé exhausta del examen, eran las tres y no había comido aún, me fui hasta la cafetería de Estomatología. Tenía la esperanza de encontrar a los médicos que estuvieron hablando de hipnosis en las operaciones. Al fin y al cabo fueron ellos los que me pusieron tras la pista y quería darles las gracias. Cogí una bandeja y me coloqué en la cola de la comida, a esas horas apenas quedaba comida en las grandes fuentes que veían a través de los cristales. Me pedí macarrones a la boloñesa y merluza a la romana, con una manzana de postre. Cuando terminé de recoger mis platos miré entre las mesas, pero no los localicé entre todos los comensales. Cuando acabé, llamé por teléfono al señor que nos contrató y me cité con él para el día siguiente. Aunque su intención era que quedásemos esa misma tarde, pero antes tenía que desenmascarar al causante de todos estos desarreglos: Canuto Cerbero.

Bajé hasta la plaza Mariano de Cavia y allí fui hasta la clínica del doctor León.

Llamé al timbre de la puerta de la verja y una voz me dijo por el portero automático qué quería. Supongo que tienen que tener sus precauciones a la hora de abrir a cualquiera en un centro de este tipo. Pregunté por el profesor y rápidamente se abrió la cancela, atravesé un cuidado jardín y de nuevo otra puerta, ésta era de cristal, por lo que me podían visualizar sin problemas.

– El doctor Cerbero está ocupado ¿Quién digo que desea verle?

– Dígale que soy la sobrina de Segismundo Agonías. Gracias.

– Espere un momento en esa sala.

Me senté en una fría sala que tenía dos sillones muy desgastados. Olía a sopa y a medicina, no parecía el mejor sitio para pasar una tarde. Pero no pasó mucho tiempo hasta que una enfermera me llamó para decirme que el doctor me estaba esperando. Sentí un escalofrío por todo el cuerpo, hasta ahora no me había dado cuenta de dónde estaba: en un psiquiátrico y en la consulta de una persona trastornada que no le importaba

arruinar la carrera de los mejores deportistas de un país con tal de salirse con la suya.

– Buenas tardes, Minerva.

– Hola, señor Canuto Cerbero –le dije algo tensa.– Vengo a que me cuente la verdad de los deportistas olímpicos.

Me encontré a un señor muy tranquilo, de aspecto agradable, no tenía pinta de loco. Era delgado, de mirada profunda, con el pelo castaño y demasiado largo para su edad: unos cincuenta años. Me esperaba a un tipo con semblante de desequilibrado, despeinado y de mirada chiflada.

– Eres muy joven, Minerva. ¿Sabes? Tu tío me habló muy bien de ti. Dijo que eras extraordinariamente inteligente.

– He venido a que me lo cuente todo. Quiero la verdad.

– ¿Conoces ese cuento hindú que para entrar en una ciudad tienes que decir la verdad?

– No, no lo conozco.

– La verdad no existe como dice el cuento. ¿Quieres escucharlo? –me dijo mientras asentí con la cabeza y me previne ante un posible intento de que me hipnotizara.

Una vez un rey había entrado en un estado de honda reflexión durante los últimos días. Estaba pensativo y ausente. Se hacía muchas preguntas, entre otras por qué los seres humanos no eran mejores.

Sin poder resolver esta última interrogante, pidió que trajeran a su presencia a un ermitaño que moraba en un bosque cercano y que llevaba años dedicado a la meditación, habiendo cobrado fama de sabio y ecuánime.

Sólo porque se lo exigieron, el eremita abandonó la inmensa paz del bosque.

– Señor, ¿qué deseas de mí? –preguntó ante el meditabundo monarca.

– He oído hablar mucho de ti –dijo el rey–. Sé que apenas hablas, que no gustas de honores ni placeres, que no haces diferencia entre un trozo de oro y uno de arcilla, pero todos dicen que eres un sabio.

– La gente dice, señor –repuso indiferente el ermitaño.

– A propósito de la gente quiero preguntarte –dijo el monarca–. ¿Cómo lograr que la gente sea mejor?

– Puedo decirte, señor –repuso el ermitaño–, que las leyes por sí mismas no bastan, en absoluto, para hacer mejor a la gente. El ser humano tiene que cultivar ciertas actitudes y practicar ciertos métodos para alcanzar la verdad de orden superior y la clara comprensión. Esa verdad de orden superior tiene, desde luego, muy poco que ver con la verdad ordinaria.

El rey se quedó dubitativo. Luego reaccionó para replicar:

– De lo que no hay duda, ermitaño, es de que yo, al menos, puedo lograr que la gente diga la verdad; al menos puedo conseguir que sean veraces.

El eremita sonrió levemente, pero nada dijo. Guardó un noble silencio.

El rey decidió establecer un patíbulo en el puente que servía de acceso a la ciudad. Un escuadrón a las órdenes de un capitán revisaba a todo aquel que entraba a la ciudad.

Se hizo público lo siguiente: "Toda persona que quiera entrar en la ciudad será previamente interrogada. Si dice la verdad, podrá entrar. Si miente, será conducida al patíbulo y ahorcada".

Amanecía. El ermitaño, tras meditar toda la noche, se puso en marcha hacia la ciudad. Su amado bosque quedaba a sus espaldas. Caminaba con lentitud. Avanzó hacia el puente. El capitán se interpuso en su camino y le preguntó:

– ¿Adónde vas?

– Voy camino de la horca para que puedan ahorcarme –repuso sereno el eremita.

El capitán aseveró:

– No lo creo.

– Pues bien, capitán, si he mentido, ahórcame.

– Pero si te ahorcamos por haber mentido –repuso el capitán–, habremos convertido en cierto lo que has dicho y, en ese caso, no te habremos ahorcado por mentir, sino por decir la verdad.

– Así es –afirmó el ermitaño.

– Ahora usted sabe lo que es la verdad... ¡Su verdad!

– Mi verdad, nunca será tu verdad, querida Minerva.

– ¿Usted ha hipnotizado a todos esos deportistas?

– ¿Qué sabes de la hipnosis?

– Que es usted una autoridad en la materia profesor Cerbero.

– ¿Sabes que en ningún momento se puede hipnotizar a una persona si esa persona no quiere?

– ¿Y los deportistas y mi tío?

– A todos ellos les expliqué que la hipnosis no es más que un estado alterado de la conciencia. Y que ellos no harían bajo hipnosis lo que no hicieran en estado consciente.

– ¿Quiere usted decir que mi tío quiere dejar el caso conscientemente?

– Claro, en el fondo está preocupado por ti, por tus exámenes. Sabe que lo que a ti te gusta de verdad es tener una farmacia en el pueblo, con el dinero de la indemnización de tus padres. Y no hacer de sabueso en una agencia de detectives.

– ¿Y usted cómo sabe todo eso? –le dije muy sorprendida.

– Me lo dijo él.

– ¿Y los deportistas?

– Porque están hartos de ser eso: deportistas. Ellos quieren ser jugadores, quieren volver a ser niños y disfrutar del placer de jugar sin tanta presión, sin tantas matemáticas, estadísticas, entrenamientos planificados, concentraciones, rendimiento por encima de todo y sin sensaciones placenteras de ningún tipo. Ya no se lo pasan bien, han vendido el verdadero espíritu deportivo por el metal de las medallas, el vil metal del dinero. Son mercenarios a sueldo, Minerva.

– ¿Me quiere decir que son ellos los que se autoprovocan estar como están ahora?

– Sí, Minerva. En el fondo de sus anhelos ellos quieren volver a jugar. Manolo quiere jugar a lanzar piedras y no vectores, Daniel quiere sentir el placer del agua y no luchar contra el cronómetro, Elena quiere dibujar helados de chocolate con su aro y no hacer dietas dignas de la inquisición y así hasta la tenista que aún no has visitado.

– ¿Y usted cómo lo sabe? –le dije atónita.

– Eso dejémoslo en el campo del misterio. ¿No te parece?

– ¿No piensa devolverles sus habilidades? Puedo denunciarlo.

– ¿Con qué pruebas? –me dijo risueño.

– Además, está la representación de nuestro país, en el año que se celebran las Olimpíadas aquí, usted no tiene derecho a que sean unos fracasados de por vida.

– ¡Ja! Al final nos superarán los rusos y americanos que vienen cargados de anabolizantes. Eso es lo que quiere la gente: circo y no verdadero deporte.

– Dice usted que lo hacen porque es su verdadero anhelo. ¿Y si Isidro, el hipnólogo que fue alumno suyo, los somete a una hipnosis y les quita esas órdenes posthipnóticas, les estará frustrando?

– Que lo haga. Competirán por la presión de sus entrenadores, novias, padres, autoridades gubernamentales, etc., pero no porque a ellos les guste de verdad.

– Gracias, ha sido un placer conocerle –le dije mirándole fijamente a los ojos y sintiendo que conocía mis pensamientos.

– Adiós y que apruebes todo este año, tu tío lo desea por encima de todo –me dijo burlón.

– Adiós.

Canuto Cerbero: hipnólogo

capítulo xxi

Contacté con el señor que nos contrató para especificar el lugar del encuentro. Él insistió en hablar con mi tío, pero al decirle que éste ya era parte del problema se quedó conforme, aunque no del todo, porque su tono de voz seguía siendo el de una persona irritada.

Quedamos en el vecino pueblo de Humera, en un restaurante italiano muy pequeño donde apenas cabían seis mesas y que estaba vacío. Allí lo esperé intranquila contando los recuadros rojos y blancos del mantel y tomándome un zumo de naranja. Cuando llegó un coche negro enorme, con los cristales tintados, supe que era él. Se mostró amable aunque impaciente.

– Cuéntamelo todo.

– Para empezar, tengo hambre. Si no le importa pidamos algo y se lo voy contando –dije muy resuelta.

– Tienes razón, pero es que tengo poco tiempo.

– Yo también –dije sorprendiéndome yo misma por el tono atrevido que estaba usando.

– De acuerdo.

Según le fui contando los hechos se iba mostrando cada vez más impaciente y nervioso. Me había hecho una chuleta con los días y las visitas y le iba narrando poco a poco mis conclusiones. Según me iba acercando al final su cara se tornaba de asombro y de incredulidad.

– ¿Cómo no nos dimos cuenta antes? –me dijo cuando llegué a la parte del profesor Canuto Cerbero.

Sin dejar que acabara del todo, me instó a buscar una solución, todo lo rápida que fuese. Le insinué que Isidro podía someter a los deportistas a una hipnosis colectiva que les curase para recuperar sus habilidades. Él se quedó mirando hacia el techo mientras movía la cabeza y se frotaba su barbilla. En ese momento nos trajeron los platos humeantes de pasta (ambos pedimos *ravioles*) y me aceptó la solución que le había propuesto.

– Hablaré con sus entrenadores y los citaremos con la excusa de una charla o algo así –me dijo eufórico, mientras limpiaba sus cubiertos con la servilleta.

– Tiene que ser un día festivo, Isidro tiene su agenda muy completa con sus pacientes.

– De acuerdo, de acuerdo –me dijo casi entusiasmado.

Llamó por teléfono a la que parecía ser su secretaria y empezó a darle instrucciones precisas para que buscase una sala no muy grande el domingo a las 11 horas.

– ¿Es buena hora no? –me dijo tapando el auricular.

Yo asentí con la cabeza porque acababa de comer un tenedor lleno de ravioles. Quise hacerme la importante y llamé a Isidro para preguntarle si podía ese día y a esa hora.

– Sí –me dijo susurrante, porque al parecer tenía a un paciente suyo en una sesión de hipnosis. Ya me contarás, añadió.

Cuando acabó la comida sacó un sobre idéntico al que nos entregó la primera vez.

– Espero que con esto haya bastante para pagar a Isidro y vuestros honorarios, si no hay suficiente me lo haces saber. Cita-

remos a todos los deportistas posibles, incluidos los nueve que aún están por investigar y arreglaremos este desaguisado cuanto antes.

Por primera vez hizo un gesto que se parecía mucho a una sonrisa. Se puso de pie y me tendió la mano para estrechármela. Se fue hacia su coche a grandes zancadas con el móvil en la oreja.

Cuando arranqué la lambretta sentí cierto arrepentimiento por haber dejado a mi tío al margen de esta entrevista y de todo este asunto. Sabía que iba todos los días al café Gijón a las cuatro y media de la tarde. Allí se lo contaría todo con pelos y señales.

Cuando llegué estaba con sus amigos de siempre, se levantó y le dije que tenía que darle una cosa.

– ¿Nos vamos a esta mesa? –me dijo señalando una mesa que estaba al lado de la ventana.

– De acuerdo tío –dije sonriendo.

Y allí mientras veíamos como pasaban a toda velocidad los coches y la gente de la calle se nos quedaba mirando con cierta envidia por el frío que hacía fuera, le conté toda la historia

al tiempo que le pedía perdón reiteradamente, por si se había sentido excluido del caso.

– Hiciste lo correcto, sobrina. Estoy muy orgulloso de tí, tú sola has resuelto este caso.

– Aún no está resuelto, hay que esperar al domingo.

Le mostré el sobre, aún sin abrir, con el dinero que me entregó nuestro misterioso cliente. Lo que aprovechó para darme un pequeño sermón:

– Es muy peligroso que vayas con tanto dinero, hay gente muy peligrosa por ahí fuera.

capítulo xxii

La sesión de hipnosis fue en una sala de conferencias de una federación deportiva. Nos citamos una hora antes Isidro, nuestro misterioso cliente, mi tío y yo. Abrieron el recinto dos vigilantes de seguridad, que miraban hacia los lados continuamente, todo esto empezaba a tener aires de película de espías. Por orden expresa de Isidro pusieron la calefacción en la mencionada sala y luz en penumbra. Allí nos explicó que necesitaría todo el silencio posible y que sólo estuvieran los interesados, además nos recalcó que era posible que algún deportista necesitara un refuerzo posterior y un seguimiento de su caso individualizado.

– No importa, lo que sea necesario –dijo irritado como siempre nuestro cliente.

Fueron llegando los deportistas, algunos los fui reconociendo, otros los reconocí por la foto del expediente, como el futbolista y la tenista, y a los que aún no los había visitado, por su mirada entre perdida y ausente. Vinieron con sus entrenadores y algunos con familiares que se mostraban muy preocupados por su estado de abatimiento, tras la pérdida de sus habilidades.

Se sentaron expectantes todos los deportistas, ante la "charla" que iban a recibir. Isidro mandó salir a todos los que no fueran estrictamente deportistas y cuando íbamos a abandonar la sala, me llamó y me pidió que me quedara con él. Por los altavoces sonó una música muy relajante, aunque rara, al parecer eran ondas alfa que propiciaba el sueño y el reposo. Cuando Isidro empezó la sesión se escuchaban las conversaciones del hall de entrada. Salí en su nombre y les pedí que abandonasen el recinto, entre preguntas de cuánto iba a durar y si se iban a poner bien enseguida, sólo se podía quedar el vigilante jurado. Cuando regresé Isidro acababa de contarles el por qué de la reunión, todos se mostraron conformes con la sesión de hipnosis, si servía para algo, dijo algún escéptico. En pocos minutos la totalidad de los deportistas estaba en trance. Isidro les contó una visualización de una playa y les ordenó que durmieran profundamente. Después les fue desactivando las órdenes de Canuto Cerbero y les sugirió que poco a poco fuesen recuperando sus habilidades. Cuando les vi dormidos me acordé de lo que me dijo el profesor Cerbero sobre los anhelos de estos deportistas, así dormidos era fácil imaginárselos de niños jugando a ver

quién levantaba más peso, quién nadaba más rápido o quién marcaba más goles. Eran niños que seguían jugando, pero eran los mejores y tenían que demostrarlo. Y eso no estaba a la altura de cualquiera. Cuando acabó la sesión todos los deportistas se mostraron muy satisfechos, recogieron tarjetas de Isidro, por si necesitaban un refuerzo y volvieron con sus entrenadores y familiares.

Excepto dos deportistas, que necesitaron una ayuda individual posterior, los demás recobraron su técnica y sus destrezas en sus respectivos deportes. Realicé todos los informes, con fotos incluidas de estas mejoras y se las mandé a nuestro enigmático cliente. La investigación y la resolución de la misma había sido un éxito. Mi tío se mostró muy satisfecho.

capítulo xxiii

Pasadas las Navidades todo volvió a su rutina habitual, la agencia volvió a ser la de siempre y yo me volví a centrar en mi último año de carrera. Eso sí, mi tío me compró una nueva moto, aunque yo estaba muy contenta con la lambretta, ésta era más potente y moderna.

Era sábado, habíamos ido al cine unas compañeras de residencia y yo. Volvíamos del centro y como siempre el autobús, el dichoso 46, pasaba cada dos años, cuando recibí un mensaje en el móvil: "Escucha Radio 3 a la media noche. Cerbero". Aunque quedaban más de veinte minutos aceleré el paso para llegar rápido a mi habitación, busqué por Internet la frecuencia donde se sintonizaba y me coloqué los cascos para escuchar el programa en donde al parecer iba a hablar el profesor. Faltaban

unos minutos y estaba expectante, notaba como el corazón se aceleraba según iba llegando las doce en punto.

El programa se llamaba "Cita con Pilar" y era de esos que hablaba de cosas enigmáticas y esotéricas y que tanto le gusta a la audiencia nocturna. La voz susurrante de la presentadora me tranquilizó un poco, pero cuando presentó al profesor Canuto Cerbero y su extenso currículo empecé a notar como la adrenalina corría por mis venas.

– ¿Es usted especialista en hipnosis deportiva? –le preguntó la periodista.

– Efectivamente, ayudo a todo tipo de deportistas a conseguir sus más ansiados triunfos –dijo con una voz que me dejó petrificada.

No me lo podía creer, no se había dado por vencido.

– ¿Y de qué manera ayuda a conseguir esos logros? –siguió preguntando la entrevistadora.

– Haciendo que les guste lo que hacen, que se diviertan practicando el juego que más les atrae, recuperando el sentido más lúdico del deporte –dijo Cerbero, en un tono que a mí me sonó a duelo, a reto y a provocación.

Faltaban seis meses para las Olimpíadas y de nuevo nuestros mejores deportistas podían estar en peligro. Pero lo peor estaba aún por llegar.

– Creo que nos va a hacer usted una demostración en antena. Así que, si nos están escuchando deportistas que quieran mejorar su rendimiento, por favor, estén atentos –dijo la presentadora, ajena al verdadero objetivo del malvado profesor.

– Sí. Empecemos cuanto antes, quiero que se sienten y que respiren tranquilamente…

Tenía que parar el programa como sea, me vestí rápidamente y cogí mi nueva moto y tan veloz como pude me fui hasta el edificio de la casa de la radio en Prado del Rey. Los vigilantes de la entrada no me dejaron pasar, pero les dije que era un mensajero que traía una música urgente para el programa que estaba en antena. Me dejaron pasar desconfiadamente (supongo que la moto les convenció de que era un mensajero) y subí las escaleras como pude. Le pregunté a la vigilante del mostrador desde que piso se estaba emitiendo el programa de "Cita con Pilar" y me dijo desde la segunda planta. Subí todo lo rápido que pude y localicé el pequeño estudio desde donde estaba emitiendo en antena la hipnosis a gran escala. Abrí una pesada puerta que gracias a Dios permanecía abierta y pude parar la alocución del profesor Cerbero. Después de un gran revuelo en el estudio, pude contar tranquilamente mi versión a

la policía, desde allí llamé a mi tío que casi le da algo. Localizó a esas horas de madrugada a nuestro poderoso cliente y éste movió todos los hilos que hicieron falta para que me dejaran libre, sin cargos. El profesor Cerbero se quedó declarando, pero no hubo pruebas y salió también sin cargos. Pedí disculpas a la amable presentadora, que se mostró muy comprensiva y entendió perfectamente mis razones. A las seis de la mañana regresé a la residencia, muy cansada y asustada. Cuando me iba a dormir sonó un nuevo mensaje por el móvil: "Has vuelto a ganar, la próxima vez seré yo quien gane. Cerbero".

Radio 3 a la media noche

Agradecimientos:

A Inmaculada Pulido Arroyo por el sutil y generoso apoyo para que este libro saliese adelante.

A José Javier Hernández Bravo por sus correcciones y buenos consejos.

A Diego Gómez-García Carpintero por hacer poesía con sus maravillosas ilustraciones.

A todo el equipo de Text Design, con especial mención a Natalia Casado Sánchez por su excepcional creatividad e infinita paciencia.

Al personal de la biblioteca del INEF de la Universidad Politécnica de Madrid, por atender mis peticiones de libros.

A Isidro Pérez Hidalgo por sus enseñanzas en esa asombrosa ciencia llamada hipnosis.

Dos detectives madrileños reciben un extraordinario encargo: investigar a los mejores deportistas de nuestro país que han perdido la ilusión por competir y entrenar poniendo en peligro la participación en las Olimpiadas. Así se inicia este interesante relato que se adentra en la mejor tradición del suspense en once casos en los que se mezcla la intriga y el misterio en una atmósfera deportiva y hermética.

Por medio de la deducción y la resolución de las pesquisas nos introduce en un Madrid reconocible en sus calles y en sus más emblemáticos rincones. Además contiene componentes muy actuales que ayudarán a resolver estos enigmas: Internet, SMS, fotografías digitales etc., que conecta con los más jóvenes. Nada más empezar la lectura irán hipnotizándose poco a poco y caerán en la tentación de seguir averiguando cómo acaba esta trama que seduce desde el principio hasta el final.

Comunidad de Madrid
CONSEJERÍA DE CULTURA Y DEPORTES
Dirección General de Deportes

ISBN 84-451-2991-3
9 788445 129913